

DISCURSO SOBRE CICERÓN^{1*}

Montesquieu²⁺

Discours sur Cicéron (1892)

Traducción: Christian Felipe Pineda Pérez³

Introducción del traductor

Tal como reconoce el propio Montesquieu, este escrito de juventud no se compara con las obras maestras de su pensamiento ni tampoco revela lo esencial de él. Por ello, este texto tendría poco valor si con él pretendiésemos estudiar y comprender la filosofía y el pensamiento montesquiano. No obstante, el valor que tiene el *Discurso sobre Cicerón* para nuestra comprensión de la recepción, la valoración y la influencia de la filosofía ciceroniana en la Modernidad, fue la razón por la cual decidí realizar por primera vez una traducción al español de este texto. El estudio de la pervivencia del pensamiento ciceroniano en la Historia de la Filosofía es un campo de estudio relativamente reciente en la historiografía de la filosofía: después de ser condenada al olvido, tan sólo a partir de la década de los años 90 la filosofía ciceroniana ha empezado a ser revalorada y estudiada⁴. En el caso de la Modernidad, la cuestión es bastante difusa. La mayoría de

^{1*} Este manuscrito, cuyo título original es *Discours sur Cicéron*, fue publicado en 1892, junto con otros manuscritos inéditos de Montesquieu, en una obra compilatoria titulada *Mélanges Inédits de Montesquieu*, Bourdeaux & Paris, editores G. Gounouilh, J. Rouam & Co, pp. 1-11. El manuscrito de *Discours sur Cicéron* hace parte de las obras inéditas de Montesquieu que se encuentran en el archivo del Castillo de la Brède en Francia.

²⁺ Charles-Louis de Secondat, Barón de La Brède y de Montesquieu (1689-1755), quien es reconocido principalmente bajo el apelativo de “Montesquieu”, fue uno de los filósofos más destacados de la ilustración francesa. Entre sus obras más importantes se destacan *De l'esprit des lois* y *Lettres persanes*.

³ Christian Felipe Pineda Pérez. Licenciado en filosofía de la Universidad del Valle. Su trabajo de grado titulado *Las relaciones entre filosofía y retórica en el pensamiento de Cicerón* obtuvo la mención laureada. Asistente del grupo de investigación *Daimón-Ágora* del Departamento de Filosofía de la Universidad del Valle. Sus temas de interés son la filosofía ciceroniana, la filosofía romana y las relaciones entre filosofía y retórica. Correo electrónico: chrz1990@hotmail.com

⁴ En mi artículo “*Cicero philosophus*: un análisis histórico del estatus filosófico de Cicerón” (Pineda, 2015) he examinado con más detalle el modo en que ha evolucionado la valoración de la figura de Cicerón en la Historia de la Filosofía.

los estudiosos han tenido que esforzarse por hacer explícita la impronta ciceroniana, tratando de remediar la escasez y muchas veces la ausencia de referencias directas a Cicerón en las obras de los modernos. De ahí que el *Discurso de Cicerón* sea una pequeña joya y una pieza fundamental para comprender la presencia de Cicerón en la Modernidad. Por otra parte, el elogio que este discurso hace a la filosofía ciceroniana contrasta con la afirmación de un contemporáneo de Montesquieu, el filósofo escocés David Hume: “la filosofía abstracta de Cicerón ha perdido su crédito, pero la vehemencia de su oratoria aún es objeto de nuestra admiración” (2005, p. 503). Vemos, así, como este discurso poco conocido nos ayuda a percibir los contrastes con los que se presenta la figura de Cicerón en la Modernidad. Dicho esto, queda comprendido el valor del manuscrito montesquiano cuya traducción presento a continuación:

Discurso sobre Cicerón⁵

Por: El Barón de Montesquieu (Charles-Louis de Secondat)

212 [I] Cicerón⁶ es, de todos los antiguos, aquel que tuvo el mayor mérito personal y a quien más me gustaría parecerme; no hay ninguno como él que haya afirmado los más bellos y los más grandes apetitos, que [5] más haya amado la gloria, y que, por ello, se haya asegurado una más durable, mediante unos caminos poco recorridos.

La lectura de sus obras no educa menos el corazón que el espíritu: su elocuencia es totalmente grande, totalmente majestuosa, totalmente heroica. Hay que verlo [10] triunfar sobre Catilina; hay que verlo levantarse contra Antonio; hay que verlo finalmente llorar por los restos deplorables de una libertad moribunda. Bien sea que cuente sus acciones, bien sea que relate aquellas de los grandes hombres que combatieron por la República, él se embriaga con su [15] gloria y con la de aquellos. El ardor de sus expresiones nos introduce en la vivacidad de sus sentimientos. Siento que me arrastra a su transporte y me eleva en sus movimientos. ¡Qué retratos aquellos que hace [II] de los Brutos, de los Casios, de los Catones! ¡Qué fuego, qué vivacidad, qué rapidez, qué torrente de elocuencia! Para mí, no sé a quién más me gustaría parecerme, o al héroe, o al panegirista.

⁵ Sigo la notación de los editores del manuscrito original: los números romanos indican el número de página y los arábigos el de la línea [N. del T.].

⁶ Hice este discurso en mi juventud. Éste podría llegar a ser bueno, si le quitase el aire de panegírico. Además de esto, habría que dar una descripción más larga de las obras de Cicerón, ver sobre todo las cartas, y entrar más profundamente en las causas de la ruina de la República y en los caracteres de César, de Pompeyo y de Antonio.

[5] Si alguna vez levanta sus talentos con demasiado fasto, no hace más que expresarme lo que ya me había hecho sentir; me previene acerca de las alabanzas que le son debidas. No me enfado en lo absoluto de ser advertido de que no es un simple orador quien habla, sino el [10] libertador de la patria y el defensor de la libertad.

El no merece menos el título de filósofo que el de orador romano. Incluso se puede decir que se destacó más en el Liceo que sobre la tribuna: mientras es original en sus libros de filosofía, tiene [15] varios rivales en su elocuencia.

Es el primero, entre los romanos, que extrajo la filosofía de las manos de los sabios, y la liberó de las dificultades de una lengua extranjera. La hizo común a todos los hombres, como la razón, y, [20] en medio de los aplausos que recibió, la gente de letras se encontró de acuerdo con el pueblo. Yo no puedo admirar suficientemente la profundidad de sus razonamientos en un tiempo en donde los sabios sólo se distinguen por la rareza de su vestimenta. [25] Sólo quisiera que él hubiese venido en un siglo más iluminado, y que hubiese podido emplear para descubrir la verdad esos bellos talentos, que no le sirvieron más que para destruir errores. Hay que reconocer que dejó un horrible vacío en la filosofía: destruyó todo [30] lo que había sido imaginado hasta entonces; hubo que recomenzar, e imaginar de nuevo: el género humano [III] regresó, por así decirlo, a la infancia, y fue devuelto a los primeros principios⁷.

¡Qué placer verlo, en su libro *De la naturaleza de los dioses*, pasar revista de todas las sectas, [5] confundir a todos los filósofos, y señalar cada prejuicio de alguna deshonra! A veces combate contra estos monstruos; a veces se ríe de la filosofía. Los campeones que él introduce se destruyen a sí mismos; aquél es confundido por éste, que [10] es sacudido a su turno. Todos estos sistemas se desvanecen los unos frente a los otros, y sólo queda, en el espíritu del lector, el desdén por los filósofos y la admiración por la crítica.

Con qué satisfacción se le ve, en su [15] libro *De la adivinación*, liberar el espíritu de los romanos del yugo ridículo de los arúspices y de las reglas de este arte, que era el oprobio de la teología pagana, que fue establecido en el comienzo, por la política de los magistrados, entre los pueblos groseros, y [20] debilitado, por la misma política, cuando se volvieron más iluminados.

A veces nos desvela el encanto de la amistad y nos hace sentir en ella todas las delicias; a veces nos hace ver las ventajas de una edad en que la razón ilumina, [25] y que nos salva de la violencia de las pasiones⁸.

⁷ Clara alusión a la doctrina del escepticismo académico que defendía y practicaba Cicerón [N. del T.].

⁸ Montesquieu se refiere a las obras ciceronianas *De amicitia* y *De senectute* respectivamente [N. del T.].

A veces, formando nuestras costumbres y mostrándonos la extensión de nuestros deberes, nos enseña lo que es honesto y lo que es útil; lo que debemos en relación con la sociedad, lo que debemos en relación a [30] nosotros mismos; lo que debemos hacer en calidad de padres de familia o en calidad de ciudadanos⁹.

[IV] Sus costumbres eran más austeras que su espíritu. Él se comportó en su gobierno de Cilicia con el desinterés de los Cincinatos, los Camilos y los Catones. Pero su virtud, que no tenía nada de arisca, [5] no le impidió en absoluto gozar de la cortesía de su siglo. Se destaca, en sus obras de moral, un aire de júbilo y cierta alegría de espíritu que los filósofos mediocres no conocen en absoluto. Él no da en absoluto preceptos, sino que [10] los hace sentir. Él no excita a la virtud, sino que atrae hacia ella. Al leer sus obras, quedamos disgustados para siempre con Séneca y sus semejantes, personas más enfermas que aquellas a quien querían curar, más desesperadas que aquellas a quienes consuelan, más tiranizadas [15] por las pasiones que aquellas a quienes quieren liberar.

Algunas personas, acostumbradas a medir a todos los héroes sobre el de Quinto Curcio, se han hecho una idea muy falsa de Cicerón; ellos lo consideraron [20] como un hombre débil y tímido, y le hicieron un reproche que Antonio, su más grande enemigo, jamás le hizo. Evitaba el peligro, porque lo conocía; pero ya no lo conocía, cuando ya no podía evitarlo. Este gran hombre subordinó [25] siempre todas sus pasiones, su temor y su coraje, a la sabiduría y a la razón. Incluso me atrevo a decirlo: quizá no hay en absoluto un hombre, entre los romanos, que hubiese dado los más grandes ejemplos de fuerza y coraje.

[30] ¿No es cierto que declamar la *Segunda Filípica* delante de Antonio era correr hacia una muerte [V] segura? ¿Era hacer un generoso sacrificio a favor de su gloria ofendida? Admiraremos entonces el coraje y la audacia del orador aún más que su elocuencia. Consideremos a Antonio, el más [5] poderoso entre los hombres, Antonio, el amo del mundo, Antonio, que se atrevía a todo y que podía todo a lo que se atrevía, en un Senado que estaba rodeado de sus soldados, y en donde fue más bien rey que cónsul; considerémosle [a Cicerón], digo, cubierto de confusión y de ignominia, [10] fulminado, destruido, obligado a escuchar lo que hay más humillante de la boca de un hombre que habría podido quitar miles de vidas.

Además, no fue solo cuando encabezó a un ejército que requirió de su firmeza y de su [15] coraje; las dificultades que tuvo que sufrir, en tiempos tan difíciles para la gente de bien, le hicieron la muerte siempre presente.

⁹ Aquí se hace referencia a las temáticas tratadas en la obra ciceroniana *De officiis* [N. del T.].

Todos los enemigos de la República fueron los suyos; los Verres, los Clodios, los Catilinas, los Césares, los Antonios, en fin, todos los [20] villanos de Roma le declararon la guerra.

Es cierto que hubo ocasiones en las que la fuerza de su espíritu pareció abandonarlo: cuando vio a Roma destrozada por tanta facciones, se entregó al dolor, se dejó abatir, y su filosofía fue [25] menos fuerte que su amor por la República.

En esta famosa guerra que decidió el destino del Universo, temía por su patria; veía a César acercarse con un ejército que había ganado más batallas que las legiones que tenía. [30] ¡Pero cuán fue su dolor cuando vio que Pompeyo abandonaba Italia y dejaba a Roma expuesta al [VI] furor de los rebeldes! « Después de tal cobardía, dijo, no puedo estimar más a este hombre, que, muy lejos de exiliarse de su patria, como lo hizo, debe morir sobre las murallas de Roma y ser sepultado bajo sus [5] ruinas. »

Cicerón, que estudiaba desde hace mucho tiempo los proyectos de César, habría hecho sufrir a este ambicioso el destino de Catilina, si su prudencia hubiese sido escuchada: « Si mis consejos hubiesen sido seguidos, dice el orador a Antonio, [10] la República florecería hoy, y tu estarías en la nada. Yo fui del parecer de que César no debería en absoluto continuar el gobierno de las Galias más allá de cinco años. Yo fui aún más del parecer que, mientras estuviera ausente, no se le debía en absoluto admitir que pidiera [15] el consulado. Si yo hubiese tenido la fortuna de persuadir a uno o a otro, jamás habríamos caído en el abismo en donde estamos hoy. Pero cuando vi (prosigue él) que Pompeyo le había entregado la República a César, cuando me di cuenta que él comenzaba [20] a sentir demasiado tarde los males que yo había prevenido desde hace tanto tiempo, yo no dejé de hablar durante el momento sobre la reagrupación, y no escatimé nada para unir los espíritus. »

Habiendo Pompeyo abandonado Italia, Cicerón, que, [25] como él mismo lo dijo, sabía bien que debía huir, pero ignoraba a quien debía seguir, se quedó ahí por algún tiempo. César se puso en contacto con él y quiso obligarlo, por ruegos y por amenazas, a adherirse a su partido. Pero este republicano rechazó sus [30] propuestas tanto con desprecio como con dignidad. Cuando el partido de la libertad había sido destruido, se [VII] sometió a él con todo el Universo; no hizo en absoluto una resistencia inútil; no obró en absoluto como Catón, quien abandonó cobardemente la República con la vida; él se reservó para los tiempos más felices, y buscó [5] en la filosofía el consuelo que los otros no habían encontrado más que en la muerte.

Se retira al Tusculum para buscar allí la libertad que su patria había perdido. Estos campos jamás fueron tan gloriosamente fértiles; nosotros les debemos [10] esas bellas obras que serán admiradas por todas las sectas y en todas las revoluciones filosóficas.

Pero, cuando los conjurados hubieron cometido esa gran acción que aún hoy día asombra a los [15] tiranos, Cicerón se levantó como de la tumba, y ese sol, que el astro de Julio¹⁰ había eclipsado, retomó una nueva luz. Bruto, totalmente cubierto de sangre y de gloria, mostrando al pueblo el puñal y la libertad, exclamó: « ¡Cicerón! » Y, sea que le pidió su [20] socorro, sea que quiso¹¹ felicitarlo por la libertad que acaba de devolverle, sea, en fin, que este nuevo libertador de la patria se declaró su rival, le hizo en una sola palabra el elogio más magnifico que un mortal haya recibido alguna vez.

[25] Cicerón se unió inmediatamente a Bruto; los peligros no lo espantaron en absoluto. César todavía vivía en el corazón de sus soldados; Antonio, quien heredó su ambición, tenía en sus manos la
216 autoridad consular. Todo esto no le impidió en absoluto declararse, y, por [VIII] su autoridad y su ejemplo, determinó que el Universo era todavía incierto: ¿debía considerar a Bruto como un parricida o como el libertador de la patria?

Pero las donaciones que César había hecho a los [5] romanos a través de su testamento fueron para ellos las nuevas cadenas. Antonio arengó a este pueblo avaro, y, mostrándole el vestido ensangrentado de César, los conmovió tan fuertemente que fueron a prender fuego a las casas de los conjurados. Bruto y Casio, forzados a abandonar [10] su ingrata patria, tuvieron sólo este medio para escapar de los insultos de un populacho tanto furioso como ciego.

Antonio, volviéndose más audaz, usurpó en Roma más autoridad que el mismo César. [15] Se apoderó de los dineros públicos, vendió las provincias y las magistraturas, hizo la guerra en las colonias romanas, violó, en fin, todas las leyes. Orgulloso del éxito de su elocuencia, no temió más a la de Cicerón, declamó en su contra en

¹⁰ Montesquieu habla del *Iulium Sidus* o *Caesaris astrum*, un cometa avistado en la antigüedad y asociado a César debido a que apareció poco tiempo después de su muerte. La aparición de este cometa fue interpretado por muchos romanos como el signo de la deificación del difunto dictador [N. del T.].

¹¹ Este hecho aparece documentado por Cicerón en *Filípica* II, 12, 28; 30 [N. del T.].

pleno Senado; pero [20] estuvo muy sorprendido de encontrar aún un romano en Roma.

Poco después, Octavio hizo aquél infame tratado en el que Antonio, como precio de su amistad, exigió la cabeza de Cicerón. Nunca una guerra fue más funesta [25] para la República que esta indigna reconciliación, donde se inmoló como víctimas sólo a aquellos que tan gloriosamente la habían defendido.

El detestable Popilio se justificaba así, en Séneca, por la muerte de Cicerón: que este crimen tan odioso fue el crimen de Antonio, quien lo había dirigido, [IX] no de Popilio, que había obedecido; que la proscripción de Cicerón había sido la de morir, la de Popilio quitarle la vida; que no fue maravilloso que hubiese sido obligado a matarlo, puesto que Cicerón, [5] el primero de todos los romanos, había sido obligado a perder la cabeza¹².

Referencias bibliográficas

- Hume, D. (2005): “Of the Standard of Taste”, en N. Warburton (ed.), *Philosophy: Basic readings*, London & New York, Routledge, pp. 493-507.
- Pineda, C. (2015): “*Ciceron philosophus*: un análisis histórico del estatus filosófico de Cicerón”, en *Revista Légein*, (en proceso de publicación).

217

¹² La obra a la que aquí se refiere Montesquieu es *Controversiae*, escrita por el orador romano Marco Anneo Séneca, el Viejo, padre del reconocido filósofo estoico. En el libro VII, apartado 2, Séneca el Viejo examina el caso del asesinato de Cicerón por parte del tribuno Publio Popilio Laenas [N. del T.].